

Esta la regla, la alta ley es ésta :
No conseguir el bien, sino buscarlo ;
Que en buscarlo de veras, no en hallarlo,
El mérito consiste y la salud !
Oh ! gloria á AQUEL por quien la ley fue impuesta,
Que en esa ley que todo lo reparte
Cada cual se llevó la mejor parte :
Dios el poder, el hombre la virtud !

JOSÉ E. CARO

(De *La bendición nupcial*).

EL JEFE SUPREMO DE LA IGLESIA

Fundada la Iglesia Católica sobre la unidad, como lo hemos visto en el discurso relativo á su constitución, naturalmente se sigue que la fundación de esta unidad sobre el terreno movedizo del mundo, ha debido ser para Dios objeto de especial cuidado; y si es magnífico seguir su providencia con relación al último de los hombres, ¿cuánto más lo será seguirla en el establecimiento de aquella roca imprecadera, que por un juego sublime de palabras ha llamado *pedra*, declarando que aquel que tropezase con ella sería aniquilado? Hoy me propongo estudiar con vosotros la fundación del Papado, persuadido de que la divinidad de la Iglesia se muestra aquí de lleno, y de que no os costará ningún trabajo reconocerla.

Dos cosas llevaba consigo el Papado ó la soberanía pontifical: la supremacía espiritual y la independencia temporal. Sin la supremacía espiritual venía á ser la unidad una quimera; sin la independencia temporal no era la supremacía otra cosa que el cautiverio de la verdad, circunscripta á un solo hombre, entregado á merced de un emperador, de una república ó de cualquier otro poder humano. Era, pues, preciso, por una parte, que la supremacía

fuese siempre visible é incontestable, y además que se pudiese ejercer libremente á pesar de los obstáculos de todas clases que debía encontrar. Manifestación de la supremacía pontifical, establecimiento de su independenciam: hé aquí dos puntos capitales, correlativos, sin los cuales la unidad de la Iglesia no podía subsistir en el mundo, y á los que Dios ha debido proveer por consiguiente de una manera tanto más digna de atención, cuanto la obra era tan necesaria como difícil, vista la naturaleza de las sociedades humanas y de las pasiones en medio de las cuales debía colocarse tan inmenso poder. Vamos, señores, á recorrer un vasto camino: obligados nos veremos á omitir muchos pormenores; pero también veréis no pocas maravillas para percibir el dedo de Dios, y concebir el deseo de estudiar más profundamente aquel grande abismo de la eterna sabiduría.

La supremacía espiritual del soberano Pontífice había sido fundada por Jesucristo con tres frases célebres, y en tres memorables circunstancias. Paseándose un día por Galilea con sus discípulos, se paró y les dijo: *¿Qué dicen de mí los hombres? Y los discípulos respondieron: Unos dicen que eres Juan Bautista; otros que Elías; otros que Jeremías ó uno de los profetas. Entonces les dijo: Y vosotros ¿qué decís de mí? Y Pedro, respondiendo, le dijo: Tú eres el Cristo, hijo de Dios vivo. Y Jesús le dijo: Bienaventurado eres Simón, hijo de Juan, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos. Y yo te digo: Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella, y te daré las llaves del reino de los cielos. Todo lo que ligares sobre la tierra, ligado será en los cielos, y todo lo que desatares sobre la tierra, será también desatado en los cielos (1). Y en la última cena, volviéndose de repente hacia Pedro, le dijo: Simón, Simón, mira que Satanás os ha pedido para cernerlos como trigo; mas yo he rogado por*

(1) S. MATEO, cap. 16, vers. 13 y siguientes.

tí, para que no falte tu fe, y tú, una vez convertido, confirma á tus hermanos (1). Por último, después de su resurrección Jesús dijo un día á Pedro: Simón, hijo de Juan, ¿me amas más que éstos? Pedro le responde: Señor, tú sabes que te amo. Jesús le dice: Apacienta mis corderos. Le dice segunda vez: Simón, hijo de Juan, ¿me amas? Le responde: Sí, Señor, tú sabes que te amo. Jesús le dice: Apacienta mis corderos. Le dice tercera vez: Simón, hijo de Juan, ¿me amas? Pedro se entristeció porque le había dicho la tercera vez ¿me amas? Y respondió: Señor, tú sabes todas las cosas: Tú sabes que te amo. Y Jesús le dijo: Apacienta mis ovejas (2).

Ved aquí, señores, las tres palabras sagradas sobre las cuales está fundada la supremacía de Pedro.

En virtud de estas eminentes palabras, Pedro, inmediatamente después de la ascensión del Salvador, ejerció su prerrogativa apostólica; él fue quien se levantó en el cenáculo para que se eligiera un apóstol en lugar de Judas; él fue el primero que después de la venida del Espíritu Santo anunció la palabra divina á los judíos; él fue el primero que llamó á las naciones á la fe, en la persona del Centurión Cornelio; él fue el que hizo el primer milagro, dejando muertos á sus pies á Ananías y á Safira por haber mentido al Espíritu Santo; él fue el primero que tomó la palabra en el concilio de Jerusalén, y propuso lo que convenía resolver acerca de las observaciones de la ley antigua. Dondequiera se mostraba á las claras su supremacía.

Pero necesitaba una sede: forzoso era fijar en alguna parte la cátedra de San Pedro; era preciso determinar un lugar donde permaneciese en completa independenciam. ¿Y cuál sería este lugar? Entre el mar Tirreno y las ennegrecidas cumbres del Apenino, un puñado de bandoleros habían construído sus cabañas en torno de algunas colinas: al echar los cimientos de sus primeros baluartes ha-

(1) S. LUCAS, cap. 22, vers. 31 y 32.

(2) S. JUAN, cap. 21, vers. 15 y siguientes.

llaron una cabeza ensangrentada, y el oráculo había vaticinado que aquella ciudad sería la capital del universo. Con efecto, si aquellos bandoleros hubiesen poseído mapas geográficos, y tomando un compás le hubieran abierto á trescientas ó cuatrocientas leguas de radio, habrían visto que formaban el centro de una multitud de pueblos de Europa, de Asia y de Africa, de todos aquellos cuyas extremidades bañan las olas del Mediterráneo: pero en vez de tender un compás, tendieron una mano de hierro en torno suyo, é inauguraron un imperio que debía tener por límites el Océano, el Rhin, el Eufrates y el Atlas. Al cabo de setecientos años, después de haber destruído la nacionalidad de todos sus vecinos, hartos de sangre, de despojos, de gloria y de orgullo, aquellos bandoleros, que formaban la primera nación del globo, depositaron su arrogante república en manos de un solo soberano.... y este soberano vivía, cuando San Pedro estaba deliberando en qué lugar del mundo debería fijar su silla apostólica. ¡Lo creeríais, señores! Ante los ojos de aquel soberano que sólo con una mirada hacía temblar la tierra, dentro de su ciudad y en las gradas de su trono fue San Pedro á establecer su cátedra, y á buscar su independencia, ¿pero qué independencia podría obtener en semejante lugar, el que aspiraba á un dominio mucho más vasto y extenso que el de los emperadores romanos? No la busca, señores, la lleva consigo; lleva la independencia del que no teme morir por la verdad, la independencia del martirio.

Entre los Pontífices sus sucesores, sólo se encuentran dos en el espacio de tres siglos que hayan muerto en su lecho, y eso porque los años se dieron más priesa que los verdugos. De modo que la primera corona del Papado fue la corona del martirio; su primera independencia, la independencia que da la muerte al que la menosprecia. Convenía que el poder de la Iglesia se inaugurase con tan prolijos dolores; sin duda debería tener la verdad derecho de penetrar en los imperios sin pagar en sus aduanas tributo

de sangre; pero Dios quiso manifestar cuán útil le es á un hombre padecer, cuando pretende llevar la verdad á los hombres, y determinó aquella serie de sucesos, en virtud de los cuales, por espacio de tres siglos, la Iglesia y el primer apóstol á su cabeza, dieron su sangre con el fin de probar que no engañaban al mundo cuando anunciaban que eran portadores de una palabra de lo alto. Hoy cualquier niño que sale de las escuelas se cree con el derecho de enseñar la verdad á la humanidad entera, y si llegase á caer un solo cabello de su cabeza de diez y ocho años, lo consideraría todo perdido, y no tendría acentos bastantes para clamar contra la tiranía. Por lo que hace á nosotros, se nos ha dado la muerte, largo tiempo la hemos recibido, y no nos hemos querellado sino con templanza, juzgando felices á los que mueren para glorificar á Dios, y asegurar con su testimonio la fe de sus hermanos.

¿Pero cómo se desarrolló la supremacía espiritual? ¿Por qué actos pudo manifestarse, mientras toda la Iglesia estuvo sujeta á la ley del martirio? Parece que había en esto un olvido de la Providencia, un descuido de las primeras reglas de la política. Pero Dios no juzga como los hombres: cabalmente porque los soberanos Pontífices carecían de todo recurso humano para establecer su supremacía, debía ser ésta más auténtica y más inmortal. Si ellos hubiesen contado con la protección de los Césares, se nos hubiese dicho que la Iglesia de Roma había llegado á ser la primera por haberse asentado en la primera ciudad del imperio y bajo la púrpura de los emperadores; pero habiéndose encaminado San Pedro con el báculo en la mano á ser crucificado en Roma, así como sus sucesores por espacio de tres siglos, ninguna parte podía reclamar la influencia civil en el establecimiento del Pontificado. Era preciso que el pobre anciano, encerrado en las tumbas que guarnecen las vías romanas, reinase sobre el mundo: era preciso que desde el seno de esas habitaciones más bien de la muerte que de la vida, fuese obedecido su go-

bierno, que se le rindiese el homenaje de reconocer su silla como la principal de todas, de reconocerlo á él como príncipe de los pastores, y obispo de los obispos, según lo proclaman á porffa los más ilustres padres de la Iglesia. Pero también había necesidad de actos imponentes que jamás pudiesen engañar á los ojos, á fin de suministrar irrecusables pruebas á las generaciones futuras. A fines del segundo siglo, se obstinan las iglesias de Asia en celebrar la fiesta de Pascua el día catorce de la luna, á imitación de los judíos, al paso que los cristianos de Occidente la solemnizan el domingo siguiente á aquel día; y el Papa San Víctor I los excomulga. En el tercer siglo, San Cipriano, obispo de Cartago, con un concilio de sesenta obispos de Africa, decide que sean rebautizados los hijos de los herejes, y San Esteban I se opone á ello, amenaza fulminar la excomunión y cede San Cipriano aun siendo tan grande hombre. San Dionisio, patriarca de Alejandría, que era el primer patriarcado de Oriente, emite algunas proposiciones dudosas sobre la Trinidad: asustados muchos obispos se dirigen al soberano Pontífice, y San Dionisio se ve obligado á escribir al Papa una carta apologética. Basta haber citado estos tres hechos notables; aquel período de la vida de la Iglesia duró hasta el siglo IV; aquí la Santa Sede toma un nuevo aspecto de existencia espiritual y temporal.

Ya el mundo era cristiano, pues lo habíamos vencido por la fuerza del martirio y de la gracia de Dios, cuando asciende al trono de los Césares un príncipe que reconoce el cristianismo, no sólo como religión de la mayoría, sino como emanada de Dios para la salvación de los hombres. Hace más: por uno de esos consejos inexplicables, según el mundo, toma su trono y lo traslada á las extremidades de Europa, á orillas del Ponto-Euxino, á fin de dejar á la majestad pontifical toda aquella antigua Roma con su natural poder y su ilustración indecible; lo cual verificado, ningún príncipe tornará á sentar su trono en la famosa Roma. Cuando Teodosio divide entre sus dos hijos el im-

perio de Oriente y el de Occidente, el emperador de Occidente no reina en Roma, sino en Milán. En vano aspiran los Hérulos y los Ostrogodos á establecer un nuevo reino de Italia, pues su capital ha de ser Ravena. En vano se acercarán á Roma los Lombardos, pues no debe ser allí su morada, sino en Pavía. Los reyes y los emperadores ya no irán á Roma sino como viajeros.

No obstante, de aquí no resultaba todavía una verdadera soberanía civil para el Papado. Por el hecho de la desaparición de las emperadores, no poseían los Pontífices en Roma más que una soberanía moral de que usaron honrosamente, haciéndose guardianes del Occidente contra los bárbaros. Nueve veces fue Roma tomada por asalto, y otras tantas fue por ellos levantada de sus ruinas, viéndose con el ascendiente de sus oraciones y de su presencia detener á sus puertas *el Azote de Dios*.

Manifestábase al mismo tiempo la supremacía espiritual de una manera no menos asombrosa. Había nacido una herejía formidable; se reúnen los obispos en Oriente, en aquel Oriente cuna del Cristianismo, y donde Jesucristo lo había fundado con su sacrificio; en Oriente donde se hallaba el centro de los negocios humanos por la traslación de la Sede imperial á Constantinopla. Pues bien: ¿quién presidirá el primer concilio ecuménico, en que la Iglesia universal se encuentra representada por mártires que ostentan las cicatrices de sus combates? ¿Quién? El sucesor de San Pedro, no en persona sino por medio de sus legados, por un obispo español y dos simples sacerdotes. ¿Basta esto? Nó; el concilio remite sus actas á la Santa Sede para que las confirme, humillándose de este modo ante su supremacía la primera y la más augusta asamblea cristiana. Lo mismo sucederá en Efeso, en Calcedonia, en Constantinopla; no cesarán de nacer herejías en Oriente, y el Oriente recurrirá al Pontífice de Roma para extirparlas. Llegando á ser Constantinopla la ciudad imperial, lejos de aspirar al primer puesto, hará vanos esfuerzos por

alcanzar al segundo; dos veces lo intenta en el primer concilio de Constantinopla y en el de Calcedonia; el Papado será inflexible; sostendrá los derechos de las Iglesias de Alejandría, de Antioquía y de Jerusalén, y todo el universo católico, de acuerdo con él, no señalará sino el quinto lugar á la silla de Constantinopla. Estos hechos, más claros que el sol, estaban preparados por Dios á fin de que todos pudiesen distinguir la preeminencia no disputada de la Sede Apostólica.

Este estado de cosas, tal como acabamos de describirlo, duró desde Constantino hasta León Isáurico, por espacio de cuatro siglos. En esta época el Occidente, que por un momento habían arrancado á los bárbaros Justiniano y sus generales, había vuelto á caer en sus manos.

Ya no se preocupaban por él los emperadores; no pensaban sino de una manera ridícula en propagar allí sus herejías favoritas, y uno de ellos puso en movimiento un ejército para arrancar de las iglesias las imágenes. ¡Insensatos! que no enviaban espadas contra los bárbaros, sino contra las imágenes que pendían de las paredes. El Occidente estaba ya cansado de depender de Constantinopla, ciudad de las herejías, de las traiciones y de la vileza.

Dirigían los romanos sus clamores al Papa para que hiciese que la república romana saliera de sus ruinas; y por último, después que Gregorio II hubo avisado muchas veces al Emperador, por medio de cartas, las más apremiantes, el Senado y el pueblo romano se declararon independientes, y constituyeron una especie de señorío, en que el Papa tuvo necesariamente mayor influencia que nunca. Se acercaba la hora en que su media soberanía, siempre fiel al deber y á la paciencia, iba á cambiar de índole, y á recibir, elevándose á mayor altura, la última consagración.

El golpe partió de Francia: en este país, por una excepción de las leyes generales que apenas permiten la herencia del genio, había nacido Carlo Magno de un padre y un abuelo que formaban con él una triple generación de

varones eminentes. Carlo Margo cumplió la obra de la Providencia en la constitución definitiva de la cristiandad, asentando el Soberano Pontificado en un puesto no disputado desde entonces entre los grandes poderes del mundo. Ya no fue el Papa ni súbdito independiente por el martirio, ni señor equívoco por el ascendiente moral, ni por la necesidad tutor del pueblo: fue lo que debía ser; soberano de un territorio *bastante extenso para la libertad, pero harto pequeño para la dominación*. Poco después el Oriente, manantial de todas las herejías, se separó del Occidente en lo espiritual, como lo había hecho en lo temporal, y sin querer confirmó la supremacía de la Sede Apostólica, dejando de formar parte de la Iglesia, puesto que dejaba de estar adherido al centro de unidad. El poder imperial, en vez de trasladar á Constantinopla la Sede de la vitalidad cristiana, sólo alcanzó crear un cisma que deshonró la Iglesia griega, perdió el imperio, y puso más tarde aquélla y éste en poder de los musulmanes, mientras que la Iglesia latina, apoyándose en el Papado, convertía á los bárbaros y trasladaba á Occidente el centro de los negocios divinos y humanos.

No era éste, sin embargo, el último designio de la Providencia con respecto á la cátedra de San Pedro: libertada del imperio romano y del bajo imperio, iba á encontrar nuevos peligros, haciendo resaltar en medio de ellos la milagrosa elevación que de Dios había recibido.

Del régimen político de Carlo Magno, mal sostenido por sus sucesores, resultó el feudalismo; el hombre llegó á ser el hombre de la tierra por la herencia de los beneficios, y el hombre del hombre por el juramento: siguieron los beneficios eclesiásticos, la ley de los beneficios militares; y los obispos y los abades contrajeron por la investidura y por el juramento vínculos de vasallaje; llegó esta influencia hasta Roma, é impulsados los emperadores de Alemania por el curso de las ideas generales no menos que por su ambición, sólo quisieron ver en el patrimonio apos-

tólico una especie de gran feudo desmembrado del imperio por la liberalidad de Carlo Magno, si bien retenido en su dependencia por las leyes del feudalismo. Aspiraron al derecho de confirmar la elección del Soberano Pontífice, como también al derecho de conferir la investidura de los obispos y de las abadías por medio del báculo y del anillo, símbolos de la autoridad espiritual. De este modo la misma grandeza con que la Providencia había dotado al Papa para asegurar su independencia, vendría á ser el sepulcro de la libertad, y cada una de las clases sociales parecería un sangriento mentís al trabajo de Dios para fundar la verdad sobre la unidad. De sus relaciones con la institución feudal, se siguió en la Iglesia una confusión horrible. La simonía sembró por todas partes la corrupción, y un Papa escribía: “¡ Infeliz ! Si miro en derredor, veo al Oriente arrastrado por el diablo; y en el Occidente, en el Mediodía y el Septentrion apenas hallo un obispo que gobierne por el amor de Dios, y para la salvación de sus hermanos.”

Por este tiempo había en la abadía de Cluni un monje llamado Hildebrando; este monje vio pasar por allí á un obispo de Toul que iba á tomar posesión de la silla apostólica, por el simple voto del emperador. No pudo menos de decirle que no era lícito aceptar la dignidad pontifical de manos del poder temporal, y que si quería realzar la gloria de la Santa Sede, él, Hildebrando, se proponía llevarle á Roma, y hacer que fuese elegido legalmente por el pueblo y por el clero. “¡ Pues qué, exclamaba indignado, mientras la última mujer del pueblo puede desposarse libremente con su prometido, no puede la esposa de Jesucristo elegir libremente el suyo ! ” Después de dilatados servicios, subió al fin Hildebrando al trono pontifical, resuelto á defender su libertad hasta la muerte. Pero ¿ qué armas emplearía para emanciparse ? ¿ El martirio ? No da más que una fuerza negativa, una fuerza de resistencia y no de ataque. ¿ La alianza de algún gran príncipe ? Nin-

guno pensaba en servir á Dios eficazmente. Menester era que Gregorio VII, considerando atentamente las ideas y las costumbres de su siglo, descubriese un remedio á los abusos que devoraban la cristiandad, y encontró en efecto este remedio. Descansaba todo el feudalismo sobre el juramento, no como hoy se entiende, sino sobre un juramento que ligaba el corazón, el alma, la vida, los bienes, todo el ser humano. Gregorio VII comprendió que entregándose de esta manera con tan completo abandono era imposible que el juramento no tuviese una reciprocidad, y que si ligaba de abajo arriba, debía también ligar de arriba abajo. Además, el juramento era un acto religioso, un acto cuya fuerza consistía en invocar el nombre de Dios en seguridad de la fe prometida, y que por consiguiente no podía servir de vínculo á la injusticia y á la opresión. Susceptible era, pues, de anulación el juramento feudal política y religiosamente: políticamente, porque podía haber felonía del señor para con su vasallo, ó del vasallo para con su señor; religiosamente, porque el nombre de Dios no puede servir nunca de título para cometer el mal, un mal cierto, evidente y perseverante. Esta teoría tenía el mérito de ser sacada de las entrañas mismas del derecho público europeo; pero aún no se la había hecho servir á la emancipación de la Iglesia: se necesitaban la perspicacia de un grande hombre para descubrirla, y el corazón de un santo para aplicarla; Gregorio VII era lo uno y lo otro. Murió en el destierro *habiendo amado la justicia y aborrecido la iniquidad*, vencido en la apariencia, si bien galardonado en lo porvenir con la libertad de la Iglesia, que fue la exclusiva tendencia de su vida y la causa de su muerte.

Las Cruzadas atestiguaron muy pronto el triunfo del Papado, y elevaron su ascendiente y su gloria hasta el más alto punto, por el magnífico uso que de su gloria y de su ascendiente hizo en provecho de la república europea.

Pero es peligroso elevarse aun con justicia y por medio de beneficios; así es que se operó en los ánimos una

reacción sorda contra la Santa Sede, reacción que se declaró con hechos y doctrinas que han llenado los cinco últimos siglos de la historia. Me contentaré con indicarlos. En el siglo XIV la mansión de los Papas en Aviñón, por espacio de sesenta años; en el siglo XV el gran cisma de Occidente, que minó el respeto de los pueblos hacia el centro de la unidad; en el siglo XVI el protestantismo; en el siglo XVII el jansenismo, esa herejía desleal que nunca osó atacar á la Iglesia de frente, y se ocultó en su seno como una culebra; en el siglo XVIII el racionalismo, que se creyó bastante fuerte para atacar, no ya al Vicario de Jesucristo, sino la obra y hasta la persona de Cristo. Por un momento pudo creerse todo perdido; de una extremidad á otra de Europa, todo era una vasta conspiración contra el cristianismo, en la que los príncipes y sus ministros figuraban en primera línea. Conocido es el trueno que vino á desengañarlos: todos aquellos reyes que agasajaban á la filosofía supieron un día que la cabeza del rey de Francia, el primer rey del mundo, había caído delante de su palacio bajo el hacha inabole de una máquina.... Retrocedieron un paso delante de Dios: la república francesa les llevó otros decretos de la Providencia; un soldado advenedizo les intimó sus órdenes; destruyó en los campos de Wagram hasta el nombre del santo Imperio romano por tanto tiempo adversario del Papado, y habiéndose atrevido aquel mismo soldado á poner sus manos sobre la Santa Sede, víctima de las mismas faltas de que había sido glorioso castigo, se le vio súbito apagarse como una estrella caída en las profundas y solitarias olas del Atlántico. Quedaba un hijo suyo, un hijo en que se reflejaban sus facciones, su gloria y sus infortunios, alma juvenil en quien los recuerdos y las esperanzas rehacían cada día la patria; pero su padre le había adjudicado un nombre demasiado ominoso; *el rey de Roma* sucumbió bajo este peso como una flor preciosa y tierna que se encorva al peso de su rótulo, colocado en su tallo por la imprudencia de una mano amiga.

Hoy, señores, el Papado ha llegado á una nueva era de su existencia.... Si examinamos lo que es la supremacía espiritual de los Papas, la vemos asegurada por diez y ocho siglos de una posesión combatida solamente, aunque en vano, por el cisma y por la herejía. Vemos destruído el jansenismo, vecino á la ruina el protestantismo, envilecido el cisma griego en Oriente bajo el yugo de los rusos y de los turcos; vemos al mahometismo agotado; y en suma, vemos dondequiera al error gastado, lánguido ó marchito, mientras que la Iglesia romana, siempre la misma y asistida por Dios de continuo, permanece estable sobre los escombros de lo pasado. Brillan en su cuerpo las cicatrices de los combates.... Conserva de la era del martirio el valor pasivo contra la persecución; de la era del Bajo Imperio la ciencia de las situaciones dudosas; de la era de Carlo Magno la soberanía; de la era de Gregorio VII la inteligencia de los grandes pensamientos políticos; de la era de la reacción un conocimiento más profundo de sí misma y de los demás; y de la era presente una invencible esperanza en Dios. Si no veis todavía á las claras su actual triunfo, consiste en que nunca es visible en un momento dado el triunfo de la Iglesia. No fijándose más que en un punto en la extensión de los siglos, parece próxima á perecer la barca de Pedro, y los fieles se hallan siempre prontos á exclamar: "Señor, sálvanos, que perecemos." (1) Pero fijándose en toda la serie de las edades, aparece la Iglesia en todo su vigor y en toda su lozanía, y se comprende aquella frase de Jesucristo durante la borrasca: "Hombre de poca fe, ¿por qué dudaste?" (2).

HENRIQUE LACORDAIRE

(1) S. MATEO, cap. 8, vers. 25.

(2) S. MATEO, cap. 14, vers. 31.